

2ºD.PASCUA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 20,19-31.

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: -Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: -Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: -Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: -Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó: -Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: -Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás: -Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás: -¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo: -¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.

LA MISERICORDIA, FUERZA DE DIOS

El domingo pasado celebramos la resurrección del Maestro y hoy asistimos a **«la resurrección del discípulo»**. Había transcurrido una semana y los discípulos, aun habiendo visto al Resucitado, seguían con **«las puertas cerradas»** y ni siquiera habían logrado convencer a Tomás, el único ausente, de la Resurrección de Jesús.

¿Qué hizo Jesús ante esa incredulidad temerosa? Volvió a estar con ellos, se puso **«en medio»** y repitió el mismo saludo: **«Paz a vosotros»**. Y la Resurrección del discípulo **«comenzó en ese momento»**, en esa **«misericordia fiel y paciente»**, en ese descubrimiento de que **«Dios no se cansa»** de tendernos la mano para levantarnos de nuestras caídas. Él quiere que lo veamos así, no como un patrón con quien tenemos que ajustar cuentas, sino **«como un Padre, que nos levanta siempre»**.

En la vida andamos a tientas, como un niño que empieza a caminar pero que se cae. Cae y cae, una y otra vez y su padre lo levanta cada vez. **«La mano que siempre nos levanta es la misericordia»**. Sin misericordia nos quedamos tirados y necesitamos que nos vuelvan a poner de pie para poder caminar.

No obstante, podemos objetar: **«¡Pero yo sigo cayendo!»** Pues bien, Dios lo sabe y **«siempre está dispuesto»** a levantarnos. No quiere que pensemos continuamente en nuestras caídas, quiere que **«lo miremos a Él»**. Él nos levanta de las caídas y en nuestras miserias nos ama con misericordia.

En el Diario de Santa Faustina esta Santa cuenta cómo el Señor le dijo: **«Yo soy el amor y la misericordia misma; no existe miseria que pueda medirse con mi misericordia»** Y también en otro pasaje, cuenta cómo le dijo a Jesús, con satisfacción, que **«le había ofrecido toda su vida, todo lo que tenía»**. Pero que la respuesta de Jesús la desconcertó: **«Hija mía, no me has ofrecido lo que es realmente tuyo»**. **«Hija mía, dame tu miseria»**.

También nosotros podemos preguntarnos: **«¿Le he entregado mi miseria al Señor?»** **«¿Le he mostrado mis caídas para que me levante?»** **«¿Hay algo que todavía me guardo dentro?»** Un pecado, un remordimiento del pasado, una herida en mi corazón, un rencor hacia alguien... El Señor espera que **«le presentemos nuestras miserias para hacernos descubrir su misericordia»**.

Volviendo a los discípulos vemos cómo estos le habían abandonado durante la Pasión y se sentían culpables. Pero Jesús, cuando fue a encontrarse con ellos sabía que estaban heridos por dentro y les mostró sus propias llagas. Tomás pudo tocarlas y **«descubrió lo que Jesús había sufrido por él»**, que lo había abandonado.

En esas heridas tocó con sus propias manos **«la cercanía amorosa de Dios»** e hizo la confesión de fe más sencilla y hermosa: **«¡Señor mío y Dios mío!»**. Así se realiza la resurrección del discípulo, cuando su humanidad frágil y herida **«entra en contacto con Jesús»**. Ahí se disipan las dudas, ahí Dios se convierte en **«mi Dios»**, ahí volvemos a aceptarnos a nosotros mismos y a amar la propia vida.

También nosotros, si, como Tomás, **«nos reconocemos frágiles y necesitados ante el Señor»**, descubriremos que **«somos valiosos en nuestra debilidad»** y **«la luz de la misericordia brillará en nosotros»** y, a través nuestro, **«en el mundo»**. Y eso es motivo para alegrarse, tal como se dice en la Carta de Pedro, **«alegraos de ello, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas»**.

El anuncio más hermoso se da a través del discípulo que llega tarde. Sólo faltaba él, Tomás, pero **«el Señor lo espera»**. La misericordia no abandona a quien se queda atrás. **«Todos somos frágiles, iguales y valiosos»** y es tiempo de **«reparar las injusticias»** que minan de raíz la salud de toda la humanidad. Es bonito el ejemplo de la primera comunidad cristiana **«Vivían todos unidos y tenían todo en común»**. No es ideología, es cristianismo y por tanto, algo a tener en cuenta.

Santa Faustina, después de haberse encontrado con Jesús, escribió: **«En un alma que sufre debemos ver a Jesús crucificado y no a un parásito y una carga»**. Pero un día, ella misma le presentó sus quejas a Jesús, porque ser misericordiosos implica pasar por ingenuos. La Santa le dijo: **«Señor, a menudo abusan de mi bondad»**, y Jesús le respondió: **«No importa, hija mía, no te fijes en eso, tú sé siempre misericordiosa con todos»**.



Hoy, nuestra iglesia quiere convertirse en **«Santuario de la Misericordia»**. San Juan Pablo II dedicó este día a la Divina Misericordia, una festividad para enmarcar la Misericordia como **«fuerza de Dios»**, como respuesta divina para curar el mal del mundo.

Que el amor desarmado y desarmante de Jesús, que resucitó el corazón de Tomás, **«resucite también nuestros corazones»**, a fin

de que seamos personas misericordiosas con aquellos que son más débiles que nosotros. Sólo así reconstruiremos un mundo nuevo. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
16 de abril de 2023